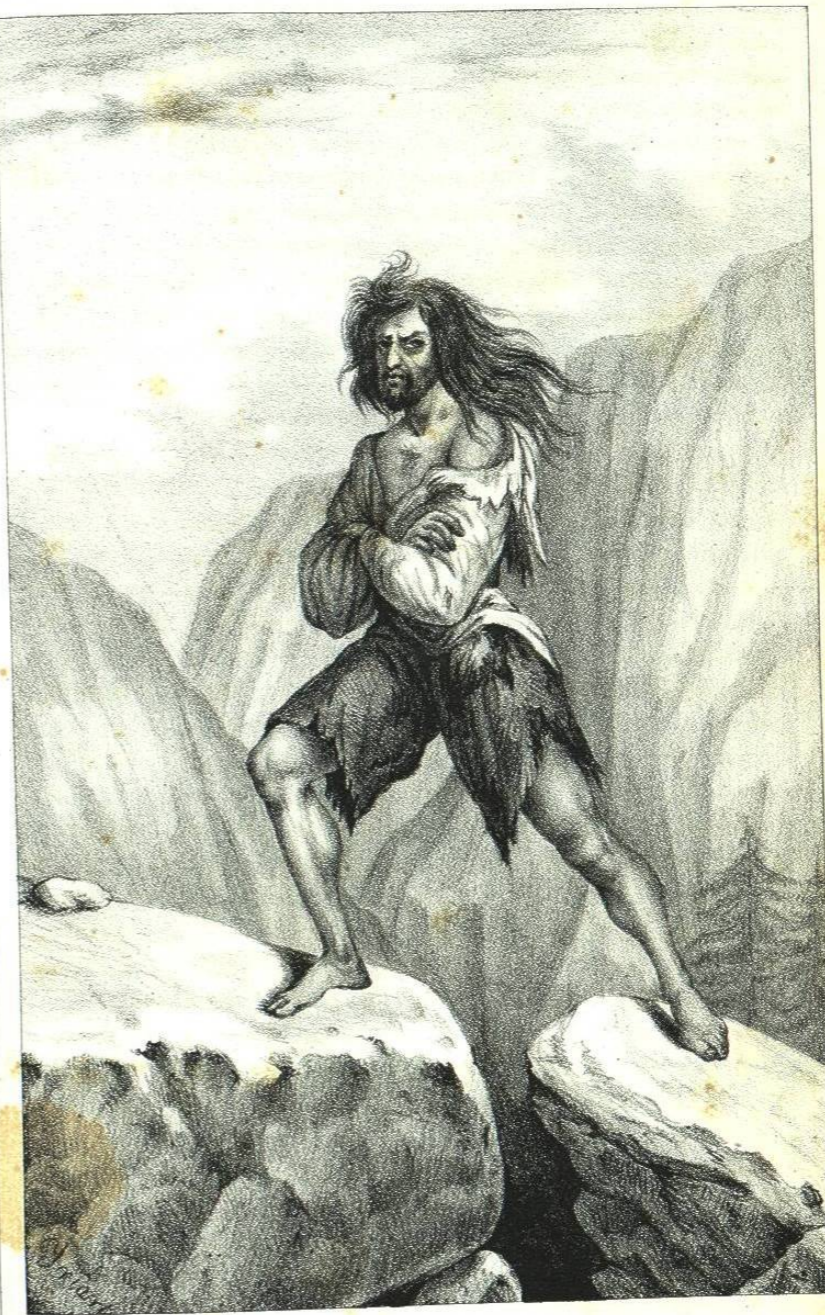


de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió:—Harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco.—Engañaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño, casi delante<sup>1</sup>, estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa, como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo: y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho con su acostumbrado jumento: y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su izquierda mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos, que quién les había traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos, y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo:—Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por ahí su dueño?—No hemos topado á nadie, respondió Don Quijote, sino á un cojin y á una malletilla, que no lejos deste lugar hallamos.—Tambien la hallé yo, respondió el cabrero; mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no.—Eso mes-

<sup>1</sup> Este lugar, defectuoso en las dos ediciones primeras, haría sentido añadiendo estas palabras: *de aquí adelante; o estas otras, á quien tenemos ó tuvimos casi delante.*





mo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.—Decidme, buen hombre, dijo Don Quijote, ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas?—Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es, que habrá al pié de seis meses poco mas á menos, que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta que decís que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte de esta sierra era la mas áspera y escondida: dijimosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entraís media legua mas adentro, quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas y encaminó ácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le viamos caminar y volverse ácia la sierra: y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con estraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que de ellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo, que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era, mas nunca lo pudimos acabar con él: pedimosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le halláramos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los



asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra, que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habiamos visto la vez primera, y cual le veiamos entonces; porque como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortesias y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido: mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal desnudo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: ¡Ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me heciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadía otras razones que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza, porque, cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas, y cuando está en su se-

so lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la Villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quien es, cuando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez: (que ya le habia dicho Don Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase, hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mesmo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estaban el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de lejos. Su trage era cual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió Don Quijote que un colete hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender, que persona que tales hábitos traia, no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire, le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura*, como á Don Quijote el de la *Triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento, fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

